

Tres ejemplos de inversión causal en el discurso psicoanalítico (1896-1913): Sigmund Freud, Karl Abraham y Ernest Jones.

Derivaciones de una antropología agónica y propuesta de una genética textual

MAURO VALLEJO

Lo que sigue contiene algunas reflexiones sobre la temprana construcción del discurso psicoanalítico. Son reflexiones que, sin pretenderse estrictamente filosóficas, giran en torno a la demarcación de la operatoria de tres *inversiones causales* en la problematización freudiana de una serie de tópicos estrechamente ligados entre sí. Nuestro recorrido hará un uso generoso de fuentes históricas, y su meta se resiste a ser ajena a un debate acerca de la historiografía que pueda hacer justicia a la incidencia del psicoanálisis en el pensamiento contemporáneo. Y este texto no tiene razón para esconder sus antecedentes y su horizonte. Estas páginas resultan de una investigación que, teniendo como telón de fondo una indagación acerca del problema de la herencia de las enfermedades en la medicina y la ciencia social del siglo XIX, busca precisar qué perspectiva sobre la determinación hereditaria y familiar el psicoanálisis hizo suya desde sus albores.

Nos ocuparemos de algunos de los episodios merced a los cuales Freud y sus discípulos cifraron el secreto de la subjetivación en *lo familiar*. Y nos dirigiremos sin demora a eso que, provisoriamente, hemos decidido llamar *inversión causal*: respecto de componentes muy sensibles del *escenario de familiarización*, los teóricos del psicoanálisis construyeron enunciados que suponen una relación de mutua inversión. Sin notar allí una contradicción, esos autores supieron plantear al mismo tiempo que A produce B, y que A resulta de B. La evidencia de esas inversiones es muy notoria, y hace a engranajes sustanciales del edificio psicoanalítico, y por ello la alternativa de buscar allí el indicio de una falacia no habrá de conducir a buen puerto. Por el contrario, propugnamos aprehender en la reiteración de ese bucle un fenómeno sintomático de la noción de causalidad que gobernó desde sus inicios el pensamiento freudiano. Más aún, tendremos el cuidado de subrayar las lecciones que de ese síntoma pueda extraer una

narración del desarrollo del saber psicoanalítico que tenga a bien dar la espalda a un realismo que –amparándose para ello en las presuntas *lecciones de la clínica*– no hace más que denegar la efectividad de la irrupción, Freud mediante, de otro modo de concebir el decir.

Daremos a la más temprana teoría de Freud –la teoría de la seducción construida entre 1895 y 1897, según la cual el basamento de toda enfermedad se debe a que los futuros neuróticos conservan recuerdos inconscientes de abusos sexuales en la infancia– una importancia que habrá de parecer excesiva. Empero, ya comprobaremos que su relevancia lo amerita. Con aquella hipótesis se inaugura la *antropología agónica* que el decir freudiano jamás abandonará. La primera etiología psicoanalítica ponía en la base de toda enfermedad la huella de una lucha entre el cuerpo infantil asexual y la perversión del adulto. El ulterior destino y prestigio de la noción de *conflicto* –funcionando como motor último de la dinámica inconsciente– tiende normalmente a oscurecer el hecho que aquella antropología continuó funcionando como la columna vertebral del razonamiento inaugurado en Viena a fines del siglo XIX. El psicoanálisis fue siempre el reverso de una agonía –tomando el término en el sentido de lucha, por supuesto–, en tanto que con el correr de los años fue variando el rostro de ese otro en el cual, dando la batalla, el sujeto construía su propia identidad: el perverso, el impulso propio, la educación de los padres.¹ Hacia el final de nuestro recorrido intentaremos mostrar que la insistencia sigilosa de esa lucha no fue ajena a la proliferación de las inversiones mencionadas arriba.

1. Entre 1892 y 1894 se producen en el razonamiento freudiano una serie de giros que marcarán a fuego el destino de disciplina por nacer. Pueden ser señalados al menos tres alteraciones, que se articulan de modo lógico. Por razones que en instantes resultarán obvias, esos cambios se observan con total nitidez en las notas que el vienés agrega, para justa disconformidad del maestro francés, a la traducción al alemán de las

¹ Así, estamos proponiendo que en realidad en pensamiento freudiano establece la complementariedad de dos modos de antropología que se distinguen por la manera en que garantizan el carácter constitutivo de la imagen del otro: por un lado está eso que hemos llamado en otro lugar la *antropología propagativa*: el sujeto psicoanalítico es siempre el efecto de una transmisión (generacional u horizontal) (Vallejo, 2010); por otro lado estaría la *antropología agónica*, por la cual el enfrentamiento inmediato y casi atemporal con un otro determina los contenidos de la subjetividad.

Leçons du mardi de la Salpêtrière (1887-1888) de Charcot.² En primer lugar, y por momentos de modo aún titubeante, Freud pone en entredicho una de las hipótesis defendidas por el neurólogo de París con franca tenacidad: la herencia sería la causa necesaria de la gran mayoría de las enfermedades nerviosas. Vale recordar que, fiel a una tradición que había ido tomando fuerza desde mediados del siglo XIX, Charcot imputa a esa fuerza hereditaria poderes tan amplios como imprecisos. Casi cualquier anomalía de casi cualquier pariente sanguíneo de un individuo, podrían hacer las veces de terreno preparatorio para las afecciones actuales. Veamos un fragmento de las páginas iniciales del tomo primero de aquel libro, fragmento que Freud traduce al alemán sumido en un extraño trance de conciencia, pues, habiendo hasta ese entonces abrigado esa perspectiva sobre la herencia, ahora comienza a ver sus debilidades:

“Es que en definitiva la tabes o la ataxia locomotriz progresiva, pertenecen, según mi parecer, a la familia a la familia neuropática [*famille neuropathologique*]. Ustedes saben que por ese término yo entiendo el conjunto de enfermedades del sistema nervioso que se transmiten recíprocamente por medio de la herencia similar o disimilar” (Charcot, 1887-1888: 4).

Pues bien, tomando para sí amplios atributos en su calidad de traductor, Freud criticó en diversas notas al pie de página esa visión.

“Aventuro en este punto una contradicción. La causa más frecuente de la agorafobia, así como de la mayoría de las otras fobias, no reside en la herencia, sino en anormalidades de la vida sexual. Además, se puede indicar la modalidad de abuso de la función sexual que cuenta en cada caso” (Freud, 1892-1894: 173).

Este último fragmento tiene el mérito de reflejar los otros dos deslizamientos que se han producido –o están en vías de efectuarse– en la teoría del neurólogo vienés. Primero, la hipótesis de la intervención de la sexualidad en la provocación de los trastornos nerviosos. En efecto, es evidente que recién por esos años Freud atribuye a la sexualidad

² Respecto de la historia de esa traducción, y respecto de la reacción de Charcot, véase (Gelfand, 1989).

un papel etiológico –que, de todas maneras, no es aún universal o necesario en todos los casos–. Así, en uno de los borradores a la “Comunicación Preliminar”, Freud afirma que la vida sexual era la más proclive a llenar el contenido de los traumas que provocan la histeria (Freud, 1892: 186).³ No obstante, solamente con la mal llamada “teoría de la seducción”, cuya primera elaboración se remonta a fines de 1895, el futuro psicoanalista propugna un basamento sexual para toda neurosis. Pues bien, es en esta última teoría traumática donde nuestro autor da forma a la tercera alteración anunciada ya en sus notas a la traducción de su maestro Charcot. Extremando una tendencia que algunos de sus colegas alemanes habían inaugurado un decenio atrás, Freud perfila una definición absolutamente etiológica, y no meramente sintomática, de las patologías nerviosas, sobre todo la histeria. Codell Carter, en un trabajo magistral, ha reconstruido muy bien esa historia (Carter, 1980). A lo largo de los tres primeros cuartos del siglo XIX, en todos los dominios del saber médico –y en sintonía con una carencia de conocimiento acerca de las causas, que la anatomía no había logrado subsanar–, prevaleció una orientación que, o bien se desentendía de los orígenes de las anomalías, o bien postulaba un acerbo heteróclito de causas –en cada momento prevaleció alguna de ellas: la herencia, las sustancias, los estímulos de las ciudades, el aire, el cansancio, los traumas, la sobreexcitación, etc.– que valían indistintamente para una serie de enfermedades. El auge de la teoría de los gérmenes forzó al saber galénico a modificar su comprensión de los fenómenos mórbidos. Mediante una expansión a todos los capítulos de la medicina de la lección de las bacterias, se comenzó a postular que cada patología tenía una causa precisa; ya no era posible repetir que una misma enfermedad podía tener causas tan distintas, ni que una misma causa fuese capaz de engendrar afecciones de naturaleza tan variada.

La incursión de Freud en el terreno de las enfermedades mentales debe ser vista a la luz de ese pasado. Si bien se suele pasar por alto ese hecho, una de los aportes más significativos de los escritos de Freud residió en que su nueva teoría fue uno de los intentos más sólidos y ambiciosos por adecuar el estudio de las patologías nerviosas a la

³ En su posterior carta a Fliess, enviada el 21 de mayo de 1894, Freud afirmaba que era siempre la excitación sexual la que participa en las trasposiciones de afectos que definen a las neurosis (tanto la histeria como la obsesión, las neurosis de angustia y la melancolía), “pero no siempre el envión para ello se sitúa en lo sexual; es decir, siempre que neurosis son adquiridas, lo son por perturbaciones de la vida sexual, pero hay gente con una conducción de los efectos sexuales hereditariamente perturbada que desarrolla las formas correspondientes de las neurosis hereditarias” (Masson, 1986: 69).

nueva mirada etiológica. El decurso de los títulos de sus trabajos estampa claramente ese derrotero. Su interés pasó desde el “mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos” (Freud & Breuer, 1893) –y Freud en ese entonces no ocultaba que la causa o predisposición le era desconocida (Freud, 1894: 52)– hacia la “etiología de la histeria” (Freud, 1896c). En poco tiempo, el médico vienés orientó todo su interés hacia la construcción de un paradigma que, primero, definiera cada enfermedad según su causa, segundo, diera un origen diferencial a cada mal, y tercero, adecuara el tratamiento posible a la comprensión de la etiología. Ya en un breve escrito de 1895 esa inclinación es patente:

“...a partir de mis empeños por dilucidar la etiología de las neurosis, pude añadir que estas piezas del complejo «neurosis de angustia» permiten discernir unas condiciones etiológicas particulares, casi opuestas a las que rigen para la neurastenia.

[...] Otra tesis a la que me esforzaba la experiencia era que las diversas noxas sexuales no aparecían indistintamente en la etiología de todas las neurosis, sino que existían unos lazos particulares e inequívocos entre ciertas noxas y ciertas neurosis. Yo tenía así derecho a suponer que había descubierto las causas *específicas* de las neurosis singulares” (Freud, 1895: 123).

De todas maneras, las páginas de 1896 son las que realmente celebran el bautismo del nuevo paradigma etiológico. No es momento de reconstruir la teoría de la seducción en toda su complejidad –pues la tiene, a pesar de los posteriores intentos por reducir esa tesis a fórmulas simplistas–, pero vale repetir con insistencia que ella fue esencialmente una teoría sobre la *predisposición a la enfermedad*:

“¿Cuáles son, pues, esas causas específicas de las neurosis? ¿Es una sola o hay varias? ¿Y se puede comprobar una relación etiológica constante entre tal causa y tal efecto neurótico, de suerte que cada una de las grandes neurosis pueda ser reconducida a una etiología particular?

Me propongo sostener, apoyado en un examen laborioso de los hechos, que esta última suposición corresponde a la realidad, pues cada una de las grandes neurosis enumeradas tiene por causa inmediata una perturbación particular de la economía nerviosa, y estas modificaciones patológicas

funcionales *reconocen como fuente común la vida sexual del individuo, sea un desorden de la vida sexual actual, sea unos acontecimientos importantes de la vida pasada.*

No es esta, a decir verdad, una proposición nueva, inaudita. Siempre se admitieron los desórdenes sexuales entre las causas de la nerviosidad, pero se los subordinaba a la herencia, se los coordinaba con otros agentes provocadores [...]. Los caracteres distintivos de mi manera de ver son que yo elevo esas influencias sexuales al rango de causas específicas, reconozco su acción en todos los casos de neurosis y, por último, descubro un paralelismo regular, prueba de una relación etiológica particular, entre la naturaleza del influjo sexual y la especie mórbida de la neurosis” (Freud, 1896a: 148-149).

Todo esto quizá ha sido ya muy discutido por la bibliografía especializada. Empero, a nuestro entender, entre los múltiples malentendidos a los que ha dado lugar la tesis de 1896, cabe ubicar el olvido de su verdadera función en la historia de la psiquiatría y el psicoanálisis. La conjetura de la seducción fue no solamente una hipótesis sobre la predisposición o causa de todos los trastornos nerviosos –y por ello, en uno de sus comprensibles arrebatos de entusiasmo, su creador definió a esa teoría como el “*caput Nili* [origen del Nilo] de la Neuropatología” (Freud 1896c: 202)–, sino que también colocaba esa fuente de la enfermedad en lo familiar. He allí el límite de la ruptura freudiana. Luego de décadas de reinado de un paradigma que hasta el cansancio quiso ver en la herencia familiar el origen de las anomalías, el médico vienés redistribuyó las piezas del tablero, alterando la lógica o la economía de esa acción familiar, pero dejando intocado el aserto que gobernaba todo el escenario: toda enfermedad actual está determinada por la familia.

He intentado desarrollar esa demostración en otras oportunidades, pero recordemos rápidamente que en los tres escritos de 1896 Freud se esmera en mostrar que sus nuevas nociones son capaces de ofrecer una explicación alternativa y más adecuada para la fenomenología clásica de las teorías hereditarias. Si dos hermanos presentan una neurosis, no es necesario hablar de sangre degenerada: el enigma se resuelve investigando los sucesos de la infancia, pues seguramente mutuamente se infligieron traumas o abusos sexuales. Si un padre y una hija precisan tratamiento médico, no hay

que precipitarse en el postulado de un lastre hereditario: la histérica debe su cuadro a los abusos cometidos por su progenitor perverso.

Hay buenos y malos hogares. Ese enunciado resume la conclusión de la teoría de 1896. El Edipo no alterará demasiado esa premisa. Y en ese espacio de *familiarización* –y ese espacio fue siempre dibujado por Freud como la arena de una batalla infinita– se aloja y desarrolla el fenómeno que habrá de retener nuestra atención en lo que sigue. En unos pocos años, discípulos muy próximos a Freud, y sin que ello haya dado lugar a controversias abiertas o disensos, pintaron retratos invertidos de los engranajes de ese mecanismo de familiarización. Lo que en un comienzo era una consecuencia, pasó a ser una causa. Lo que podía hacer las veces de derivado sintomático, devino el motor del proceso. Revisaremos tres de esas inversiones.

Si uno revisa la profusa bibliografía acerca de la obra de Lacan, se comprueba que los autores no coinciden en el momento en que comenzaría la verdadera enseñanza o innovación del autor francés. Por razones muchas veces atendibles, los estudiosos ubican el inicio de un pensamiento original en Lacan, ya fuere en su tesis médica (1932), ya en la propuesta de su célebre ternario de registros (1953, ya en la transposición del modelo del lenguaje al estudio de las manifestaciones del inconsciente (1953). La lista podría ser más extensa. Proponer otro inicio alternativo no haga quizá otra cosa que agregar confusión en este campo. Pero no podemos evitar explicitar la sugerencia de hacer de su escrito sobre los *complejos familiares* (Lacan, 1938) el verdadero giro operado por su teoría. Ese trabajo brinda por fin estatuto de concepto, y rango de teoría, al problema que, habiendo atravesado desde hacía cuarenta años la literatura psicoanalítica, no había aún hallado su escriba: la familia. Más aún, nunca antes se había abordado con tanta solidez la complementariedad de las antropologías agónica y propagativa. Y Lacan acomete esa tarea mostrando una plena conciencia del aparente fracaso del proyecto freudiano de fundar una definición etiológica de la enfermedad y de su tratamiento.

Tal y como veremos en lo que sigue, la limpidez de la fórmula etiológica de la seducción –que era una concepción cronometrada del poder determinante de lo familiar– fue seguida por la oscuridad de la fórmula edipiana, cuyos componentes se extienden –distribuyéndose sobre todo en los extremos de lo accidental y lo constitucional–, lo cual hace peligrar la invitación de Freud de otorgar a cada tipo de

afección una causa diferencial. Alertado de esas aporías, Lacan se esmera por poner un poco de orden en ese caos. Sobre todo al limitar los poderes atribuidos a las funciones vitales innatas, acción encarnada en su célebre fórmula que contrapone el complejo al instinto. Logra ese ambicioso cometido anclando la lucha agónica que decide la órbita del poder familiar en la función supletoria que lo social (como catalizador de transmisiones mentales y como campo imantado de luchas imaginarias) arrima para contrarrestar la insuficiencia de la vida desnuda (prematuration). Pues bien, si Lacan decide comenzar su enseñanza con una teoría sobre la familia es porque parte del diagnóstico según el cual la intelección de sus componentes y engranajes es lo único que permitirá sortear el obstáculo que él ve con los ojos abiertos: el psicoanálisis, merced a la proliferación incontrolable de versiones sobre la importancia de lo familia (fallidamente definido mediante una confusión de lo biológico y lo cultural) ha llegado, al final de su periplo, al estado denunciado por Freud en 1895 y sanado con sus fórmulas de 1896. Nos permitimos una extensa cita:

“El Complejo de Edipo caracteriza a todos los niveles del psiquismo; los teóricos del psicoanálisis, sin embargo, no han definido en forma clara las funciones que allí desempeña” (Lacan, 1938: 70)

“Esta concepción presenta no sólo la ventaja de incitar a aprehender con mayor perspectiva el desarrollo de la neurosis, dejando parcialmente de lado la referencia a los datos de la constitución a los que se invoca con excesiva presteza: ella explica el carácter esencialmente individual de las determinaciones de la afección. La neurosis [...] presenta tal variedad de formas que su catálogo debe aún ser construido después de más de un tercio de siglo de análisis; pero la misma variedad se observa en sus causas. Basta con leer, por ejemplo, los relatos de curas analíticas y especialmente los admirables casos publicados por Freud para comprender la gama infinita de acontecimientos que puede inscribir sus efectos en una neurosis, como trauma inicial o como ocasiones para su reactivación [...].

Después de este examen se comprobará que, aunque la suma de los casos así publicados pueda ser incluida dentro del expediente de las causas familiares de esas neurosis, es imposible referir cada entidad a alguna anomalía constante de las instancias familiares” (Lacan, 1938: 126-128).

2. Hace instantes condenamos las fórmulas simplificadoras que han quitado a la teoría de 1896 su real significación. De todas maneras, a los fines expositivos nos permitimos enunciar mediante una fórmula breve uno de los pilares de aquella hipótesis. Merced a la conjetura de la seducción, Freud establecía que todo cuadro neurótico era el resultado de la vivencia, en la más temprana infancia, de un trauma sexual (muchas veces implicando violación). No se trataba de un argumento reversible –aunque Freud mismo luego lo olvidará, cuando uno años más tarde intente reconstruir el contenido de su temprana teoría–, pues no todo trauma de esa índole conducía indefectiblemente a la enfermedad. En efecto, solamente en los casos en que esos recuerdos habían permanecido inconscientes, los mismos eran capaces de desencadenar síntomas (Freud, 1896c: 209-210).

Pues bien, la primera incursión del joven psiquiatra alemán Karl Abraham en la disciplina psicoanalítica tuvo que ver con esa teoría. En los que son considerados sus dos primeros ensayos de psicoanálisis, ambos aparecidos en 1907, Abraham fue uno de los primeros autores en retomar la abandonada conjetura traumática (Abraham, 1907a, 1907b).

En 1897, Freud decide dejar caer en parte la teoría de la seducción. Deja caer sobre todo la premisa según la cual toda enfermedad es el resultado del recuerdo de un abuso real. No se trató de un quiebre radical y repentino. De hecho, el derrotero ulterior de la hipótesis de 1896 presenta diversas fases y episodios. La versión definitiva de 1925, adoptada luego por la historiografía ortodoxa, afirmó que el descubrimiento del Edipo, ocurrido en 1897, enseñó a Freud que en realidad los relatos de traumas no referían hechos efectivamente acaecidos, sino fantasías generadas justamente por la operatoria del complejo nuclear. Pues bien, esa versión fue en realidad una más de las múltiples formas en que Freud, después de 1900, intentó recuperar –modificando– el contenido de las ideas de 1896 (Triplett, 2004). Lo cierto es que hasta la segunda década del siglo XX, el creador del psicoanálisis había optado por una estrategia argumentativa distinta: no negaba la realidad de los traumas recordados, sino simplemente su frecuencia real, y su presencia necesaria detrás de toda neurosis. Lo que sí cambia desde el comienzo del giro del 1897 es el énfasis en lo vagamente denominado constitucional. El creciente interés por los impulsos (sexuales e incestuosos) del niño –siendo que en 1896 el cuerpo

del niño era una superficie asexual que recibía los ataques de su victimario— fue de la mano de otra mirada acerca del ambiente de crianza. La manipulación que los mayores hacen del cuerpo del niño siguió siendo problematizado, pero desde 1897 ganó mucho terreno la relevancia asignada a factores constitucionales del infante, muchas veces hereditarios. Si la conjetura de la seducción planteaba una escena de enfrentamiento muy clara —el cuerpo indefenso del niño sometido a la perversión del seductor—, la nueva teoría del Edipo alimentó un guion más complicado: se trata de una puja en la cual jamás queda claro quién comienza o decide la contienda, si el niño, portador de impulsos condenables, o los padres, responsables del modo en que gobiernan o regulan la interacción.

De todas maneras, no es esa historia la que aquí se desplegará. Se trata de reconstruir el modo en que interviene Abraham en el destino de esas nociones. Ubicaremos allí una de las primeras inversiones que articulan nuestro escrito. En abril de 1907 Abraham dicta una conferencia en un congreso de psiquiatras alemanes celebrado en Frankfurt, que pocos meses después se publica bajo el título: “Sobre la significación de los traumas sexuales infantiles en la sintomatología de la demencia precoz” (Abraham, 1907a). El autor envía a Freud una copia, y es ese el punto de inicio de su relación epistolar y de amistad. Su objetivo era demostrar que los elementos sexuales (recuerdos de vivencias tempranas) y los mecanismos psíquicos (represión y conversión) postulados por Freud para la histeria, también se observan en la demencia precoz.⁴ En ambos casos los síntomas son una expresión deformada de recuerdos sexuales de la infancia. Abraham, que conoce las nuevas teorías freudianas, se cuida de aclarar que no procede bajo el postulado que sin la vivencia de esos traumas los pacientes se hubiesen mantenido sanos.⁵ Esos traumas no son la causa de la enfermedad, sino que simplemente determinan la forma y contenido de los síntomas (Abraham, 1907a: 18). A través de un enunciado que en escritos posteriores recibirá mejor luz, el joven psiquiatra afirma que, independientemente de esas vivencias, en las personas que luego serán enfermas se descubre que en su infancia tenían una sexualidad anormal

⁴ En un escrito posterior, se ocupará de describir cuidadosamente las diferencias que existen entre la sexualidad y los mecanismos psíquicos de la demencia y la histeria (Abraham, 1908a).

⁵ El psicoanalista alemán resume del siguiente modo la nueva orientación freudiana, con al cual concuerda: “Freud dijo originalmente que todo caso de histeria puede ser atribuido a un trauma psicosexual anterior a la pubertad. Recientemente, ha modificado esa teoría. Ahora acentúa

“que se manifiesta en una aparición prematura de la libido y también en fantasías patológicas, que se ocupan exclusivamente de temas sexuales” (Abraham, 1907a: 17). En síntesis, el elemento central de todos esos cuadros reside en la predisposición individual.

El 7 de julio de 1907 Freud le escribe a Abraham su segunda carta. Lo hacía en respuesta a una misiva que no se ha conservado, que contenía el borrador de un escrito que aparecería en noviembre de ese año. Es justamente ese trabajo, “La experimentación de traumas sexuales como una forma de actividad sexual”, el que estará en el centro de nuestro análisis (Abraham, 1907b). El mismo articula una estricta *inversión (conservadora)* de la teoría de la seducción. Vayamos a un fragmento de la conclusión, que sintetiza la idea básica:

“Hemos atribuido a supuestas anormalidades en su sexualidad infantil el hecho de que personas que luego padecen de histeria o demencia precoz muestran en su juventud una propensión anormal a los traumas sexuales; y hemos considerado esa conducta como una forma de actividad sexual infantil anormal. De este modo la teoría original de Freud ha sufrido una importante alteración. Los traumas sexuales infantiles no desempeñan ningún papel en la etiología de la histeria y la demencia precoz. El padecimiento de tales traumas indica más bien que el niño tiene ya una disposición para la neurosis o la psicosis en la vida posterior” (Abraham, 1907b: 47).

El argumento es claro, la relación causal se ha invertido. La enfermedad no es efecto de un trauma, sino que la vivencia del accidente está antes bien determinada por una anomalía previa. Ese terreno previo está conformado por una constitución anormal, que conduce al niño a desear inconscientemente el padecimiento de traumas, siendo éstos un medio de satisfacción sexual.⁶ Abraham se detiene en la descripción de ciertos signos que develan el terreno anómalo: por ejemplo, el hecho de que estos niños, a diferencia de otros, no relatan esos abusos a sus padres, pues sienten cierta culpa; por

primordialmente el modo como reacciona el individuo, de acuerdo con su disposición innata, ante las impresiones sexuales” (Abraham, 1907a: 17).

⁶ En un ensayo posterior, ya mencionado, el autor alemán afirma claramente cuál es la base de las psiconeurosis: “...la constitución psicosexual de la histeria es congénita” (Abraham, 1908a: 58).

otro lado, estas víctimas suelen padecer repetidamente los traumas. Estos niños seducen a los mayores, incitan los abusos, o al menos se exponen peligrosamente a ellos. El término que el autor elige para retratar estos hechos no es inocente: está en juego una *diátesis traumatofílica* (Abraham, 1907b: 43). Es sabido que el concepto de diátesis tiene una larga tradición en la medicina europea. Lo que más interesa en este caso es recordar que el mismo era normalmente utilizado para designar un estado heredable del organismo (Ackerknecht, 1982).

Hay una economía admirable de inversiones y complementariedades. Muchas cosas se han invertido: en la teoría de la seducción el niño era absolutamente inocente; para Abraham, es el principal responsable, pues él desea e incita el abuso. Según los enunciados de 1896, el accidente fundaba una predisposición a la enfermedad, que los predecesores de Freud habían buscado en la herencia. En 1907, hay una disposición anormal que produce la posibilidad del trauma. Pero no es menos importante lo que se ha conservado, o al menos lo que, gracias a las innovaciones de Abraham, adquiere una renovada actualidad. La teoría de la seducción, como vimos, era una teoría de la predisposición familiar: dado tal hogar, con sus descuidos y perversiones, dada tal enfermedad. El Edipo, por otro lado, no había modificado esa partitura. La teoría de Abraham pareciera disolver la órbita y la culpabilidad familiar, pues no hay aquí ni padres perversos –al igual que en los primeros escritos de 1896, los atacantes son en 1907 sobre todo adultos ajenos a la familia sanguínea–, y los impulsos de los niños parecen no tener ninguna predilección por los progenitores. Pero miradas las cosas de cerca, comprobamos que en realidad la familiarización de la patología recibe gracias al psicoanalista alemán nuevos bríos. De hecho, todo el peso recae sobre la herencia. Más que leer en la noción de *diátesis traumatofílica* un antecedente de la compulsión de repetición que quitará el sueño a Freud en 1920 –tal y como hace Michael Good en su análisis de este problema (Good, 1995)–, es necesario ver en ese neologismo una seductora salida para el afán de familiarización de la enfermedad.

En esa sintonía ha de ser leída la reacción de Freud frente a la propuesta de su nuevo discípulo. Esa reacción fue, por un lado, inmediata, y por otro, tomó carices distintos a lo largo del tiempo. La respuesta inmediata la conocemos muy bien, pues está contenida en la carta que el vienes envía a Abraham el 7 de julio de 1907. Veamos el inicio:

“He leído sus ingeniosas e incluso sólidas reflexiones con un interés extraordinario y, antes de que las comente, quisiera evitar una cosa, a saber, quisiera que no entendiera mis observaciones tales como “ya lo sabíamos” o “algo así pensaba yo también” como algún tipo de reivindicación” (Falzeder, 2002: 7).

En esa carta, Freud se dedica sobre todo a volver su teoría de 1896, y se trata quizá de una de las más tempranas ocasiones en que el analista de Dora abriga la posibilidad de que algunos de los traumas planteados por la vieja teoría fuesen en realidad fantasías. Sería interesante un análisis detenido de esos pasajes, pero dirijamos la mirada hacia las objeciones que el maestro comunica a su discípulo. La principal hace a uno de los puntos más sensibles del escrito de 1907.

“Pero, ¿por qué algunos niños sí lo cuentan [el abuso]? No es posible atribuir a los demás una organización anormal porque esa constitución anormal es la infantil en general. Quizá estemos de nuevo ante un más o menos, en lugar de ante una división clara, y el trauma desplegaría su poder patógeno y produciría placer y conciencia de culpabilidad sexual allá donde cayera en un terreno de fuerte preparación autoerótica.

Los dos aspectos principales de su estudio, concretamente, la intención inconsciente al experimentar los traumas sexuales y la constitución anormal, si bien los comprendo, a mí se me presentan más mezclados, es decir, disueltos en varias cadenas. Ya hemos dicho que la constitución la tienen, en cierto modo, todos los niños, y las mismas perversiones infantiles, erotismo anal, etc. se encuentran en personas psíquicamente sanas. No obstante, precisamente a los histéricos hay que atribuirles una mayor capacidad de perversión que a los fundamentalmente sanos” (Falzeder, 2002: 8-9).

La objeción de Freud presenta dos elementos claves: por un lado, no es posible separar definitivamente entre constituciones normales y anormales, y por otro, en verdad el terreno sobre el que se monta la enfermedad hace más bien a los efectos del autoerotismo. Por ende, las supuestas tendencias anormales de los niños en realidad son una manifestación de los impulsos normales de todo infante. De todas maneras, las

observaciones de Freud no dejan de ser contradictorias, pues no es fácil conciliar la premisa de una constitución normal en todos los casos y la “mayor capacidad de perversión” de algunos enfermos. No es momento de desarrollarlo en detalle, pero podemos aventurar que la reacción paradójica de Freud ante el escrito de Abraham responde a que este último, al contraponer claramente lo accidental lo constitucional, tocó un punto sensible del edificio freudiano, que luego de la caída de la teoría de 1896 su autor jamás logró articular claramente. De hecho, los enunciados del alemán se produjeron en un momento en que Freud, retomando por vez primera la teoría de la seducción, sintió el apremio de ubicar en la balanza lo “constitucional” y lo accidental. Y cabe recordar que en diversas publicaciones de esos años endilga a los futuros neuróticos una “fuerza innata de la inclinación perversa” (Freud, 1905: 155), confesando de todos modos que en ellos “el influjo hereditario es más sustantivos [que en las neurosis actuales] y la causación es menos transparente” (Freud, 1908a: 167; véase asimismo Freud, 1906: 267).

Más aún, no estamos seguros del contenido del escrito que Freud leyó. En efecto, el artículo de Abraham se publicaría recién en Noviembre de 1907, y en su carta de Julio el vienes seguramente se refería a un borrador. La carta en la que el discípulo habría respondido a las objeciones no se ha conservado. A comienzos de octubre de ese mismo año, Abraham le dice a Freud que aún no ha concluido el escrito, y que por ende todavía no lo ha enviado para su publicación (Falzeder, 2002: 14). Recién el 24 de noviembre el joven psiquiatra, recién instalado en Berlín, le envía a su maestro el trabajo publicado. La respuesta entusiasta de Freud al ensayo contrasta claramente con el tenor de las objeciones enunciadas en junio:

“Con satisfacción he leído su excelente trabajo y, habiendo apreciado anteriormente el fundamento de su idea principal, ahora puedo celebrar la claridad con la que expone las diferencias entre las teorías de los traumas infantiles, las relaciones entre el placer, el secreto y el sentimiento de culpabilidad y otras cosas similares. Respecto a su descripción de la anormalidad de los niños que se convierten en neuróticos (aumento cuantitativo de la libido, precocidad, proliferación de fantasmas), quisiera añadir como componente esencial la existencia de una fuerte tendencia a la represión” (Falzeder, 2002: 19).

En Junio a Freud no le temblaba el pulso a la hora de recordar al promisorio discípulo que la presunta anormalidad de algunos niños era en verdad la constitución de todos los pequeños. Apenas unos meses después, y mediante enunciados que se repiten en sus propios trabajos de la época, el vienés le comunica a Abraham que su listado de anomalías “de los niños que se convierten en neuróticos” es incompleto. Tamaña diferencia entre las apreciaciones nos sugiere que seguramente en el borrador enviado en Junio, Abraham describía modo demasiado tosco la constitución de los neuróticos. Pero también nos revela de qué modo la paradoja de Freud responde a que un punto sensible de su teoría había sido tocado.

Un mes más tarde se produce el primer encuentro personal entre los dos autores. Abraham viaja a Viena a reunirse con el maestro, y el miércoles 18 de diciembre de 1907 participa en calidad de invitado de una de las reuniones de la *Sociedad Psicológica de los Miércoles*, celebradas regularmente en el domicilio de Freud desde 1902 entre los seguidores locales del psicoanálisis (Vallejo, 2008). Afortunadamente las actas tomadas por Rank nos ofrecen un completo resumen de la discusión sostenida esa noche, referida precisamente a los traumas sexuales y el esclarecimiento sexual. Dado el valor de las opiniones vertidas por los participantes, las minutas merecerían un análisis exhaustivo; en esta oportunidad nos ocuparemos solamente de los pareceres de nuestros dos personajes. Siguiendo un debate que se había generado entre los analistas vieneses, Abraham afirma que según su opinión el esclarecimiento sexual difícilmente pueda servir para prevenir traumas. Al respecto, agrega: “Eso no ayuda a los niños que están inclinados a ello, y los otros no sufren tales traumas” (Nunberg & Federn, 1962: 272). Citaremos ahora la contribución de Freud, sobre todo porque a través de ella el creador del psicoanálisis sella su apoyo a la innovación del psiquiatra alemán:

“...uno se vio forzado a concluir que [los traumas] no tenían ninguna importancia en la etiología de las neurosis. En ese sentido, el ensayo de Abraham es un avance. Muestra que los niños mismos buscan sus traumas. Si los traumas no tienen importancia como factor etiológico, ellos sin embargo determinan la forma de la neurosis, en caso que ella se produzca.
[...]

A pesar de todas las precauciones, no obstante, uno podrá solamente limitar la gravedad de la neurosis, pero no evitarla del todo; pues existen ciertos individuos que, debido a factores constitucionales, reaccionan de distintos modos” (Nunberg & Federn, 1962: 273-274).

Estas declaraciones, sumadas a la misiva de noviembre, nos muestran a un Freud que ha aceptado casi sin reparos los aportes de Abraham: tanto el postulado según el cual ciertos niños provocan los traumas –los cuales a su vez, no hacen más que definir la forma de una enfermedad, mas nunca la producen–, como el hecho de que los futuros neuróticos son portadores de una constitución sexual particular. De todas maneras, en base a los fragmentos analizados hasta aquí no queda claro si Freud establece el nexo que marca la innovación de Abraham; a saber, no sabemos si Freud entiende que la incitación de los traumas sea un signo de esa constitución anormal. Nuestra duda parece despejarse cuando nos remitimos al importante ensayo histórico redactado por Freud en 1914. Luego de establecer por vez primera el relato que se volvería canónico acerca de la perimida teoría de la seducción, según el cual los recuerdos de abusos de los pacientes no eran más que fantasías destinadas a encubrir la sexualidad infantil –repetamos que hasta entonces, en las numerosas oportunidades en que, en su obra escrita, se había referido a ese episodio de su doctrina, nunca había puesto en entredicho que los recuerdos de seducción tuvieran que ver con acontecimientos reales–, el psicoanalista vienés escribe lo que sigue:

“En esta actividad sexual de los primeros años infantiles, también la constitución congénita pudo por fin volver por sus derechos. Disposición y vivencia se enlazaron aquí en una unidad etiológica inseparable; en efecto, la disposición elevaba a la condición de traumas incitadores y fijadores impresiones que de otro modo habrían sido enteramente triviales e ineficaces, mientras que las vivencias despertaban en la disposición ciertos factores que, de no mediar ellas, habrían permanecido largo tiempo dormidos, sin desarrollarse quizá. La última palabra en cuanto a la etiología traumática la dijo después Abraham [1907], cuando señaló que precisamente la especificidad de la constitución sexual del niño es propicia para provocar vivencias sexuales de un tipo determinado, vale decir, traumas” (Freud, 1914: 17).

Tal y como ha sido señalado por Masson y luego por Michael Good, en esa alabanza de Freud hay en verdad un malentendido. Lo que Abraham había señalado era que la constitución anormal de algunos sujetos era lo que empujaba a los niños neuróticos a la provocación de traumas. Freud pretende que el enunciado del alemán en realidad endilgase esa *diatestis traumatofílica* a todos los niños. Tal y como vimos rápidamente hace instantes, desde el comienzo la nueva teoría de Freud acerca de la sexualidad infantil –que de a poco se irá reordenando alrededor del Complejo de Edipo– partía del supuesto según el cual no todos los individuos tienen desde el comienzo una similar constitución (heredada) sexual similar; en los casos en que ella fuese marcada, la enfermedad se desatará ante vivencias insignificantes. Esas imprecisas fórmulas, conocidas bajo el nombre de *series complementarias*, fueron el artificio desplegado por Freud desde el inicio de su obra para combinar lo heredado y lo accidental según conviniese en cada caso. El psicoanalista vienés suponía que la presunta “anormalidad” de la constitución de algunos enfermos era una cuestión cuantitativa, y no cualitativa, pues los impulsos más perversos habitan a todos los seres humanos. En tal sentido, desde su perspectiva no servía de mucho la distinción entre lo normal y lo anormal, y por ello podía leer a su manera la contribución de Abraham de 1907.⁷

3. La segunda inversión nos viene también de Abraham. Se trata de una serie de pequeños trabajos ligados al incesto, aparecidos también en sus primeros años dentro del movimiento psicoanalítico. Según mi entender, jamás se ha señalado de qué manera esta segunda inversión repite el esquema de la primera. Nuevamente hay una inversión causal respecto de un elemento clave de la argumentación freudiana; una vez más el postulado de una predisposición en la base de la enfermedad sostiene la innovación. Y, *last but not least*, una vez más el aporte hace su aparición sin generar escándalo o controversias.

Seguir de cerca la génesis de la teoría freudiana sobre el incesto –que alrededor de 1910 se reordenaría en el nuevo concepto de *Complejo de Edipo*– excede los objetivos

⁷ Aun así, no deja de ser llamativo que Abraham jamás haya señalado el error de Freud en su escrito de 1914. Tal y como las cartas nos demuestran, Freud envió a su colega alemán borradores del escrito histórico, y Abraham no se privó de sugerir ciertas correcciones (véase por ej. la carta del día 9 de marzo

de este trabajo. Recordemos sencillamente sus episodios más importantes, sobre todo los previos a la intervención de Abraham al respecto, en 1908. Es innegable que la aparición, bajo la pluma de Freud, del incesto, está absolutamente ligada al destino de la teoría de la seducción. Poco después de abandonada esa teoría, Freud concibe, en una carta enviada a Fliess el 15 de octubre de 1897, los rudimentos de su teoría del impulso incestuoso (Masson, 1986: 293). Hacía poco que Freud ya había comenzado a hablar de los impulsos de los niños, sobre todo en el “Manuscrito N”, del 31 de mayo de ese año, cuando la conjetura de la seducción seguía en pie. En este último, el impulso mencionado era de matar al progenitor del mismo sexo (Masson, 1986: 268). Los editores de la correspondencia –y luego muchos historiadores– ven allí la primera referencia la Complejo de Edipo, lo cual es una necedad. Que en ese manuscrito jamás esté en juego el amor a algún progenitor, debería bastar para prevenir buscar en él ese anticipo. Sea como fuere, en aquella carta de octubre Freud afirma, sobre todo en base a recuerdos personales, que el enamoramiento hacia la madre y los celos hacia el padre son hechos universales de la infancia.

Más allá de algunos breves comentarios en esa correspondencia, Freud presenta su nueva concepción acerca del impulso incestuoso en 1899, en el apartado acerca de los sueños “de la muerte de personas queridas” de su obra magna (Freud, 1899: 258-279). Más tarde, tanto en su texto sobre el análisis de Dora como en sus *Tres ensayos*, el psicoanalista vuelve sobre este problema. Un análisis detenido de todas esas tempranas referencias a los deseos incestuosos de los niños, muestran una interesante vacilación de Freud respecto del tenor de su universalidad. En términos estrictos, el médico vienés jamás dudó en sostener que esos impulsos son normales y universales. Ya en la temprana carta de octubre de 1897 así lo decía. Y lo repite en su libro sobre los sueños (Freud, 1899: 269). De todas maneras, en esos mismos textos Freud afirma que las mociones de los futuros neuróticos se distinguen, desde entrada o congénitamente, sobre todo en términos cuantitativos o de precedencia, de las pertenecientes a individuos que gozarán de la normalidad. Así, más que depender del modo en que esos impulsos sean resueltos o vivenciados –en lo cual la respuesta de los progenitores jugarían un rol esencial–, la ulterior enfermedad parece resultar de un estado dado desde entrada, ligado

de 1914). Empero, jamás vio una equivocación en el modo en que su maestro se refería a su escrito de 1907.

a la constitución. De hecho, el fragmento completo de la carta de octubre de 1897 apunta en esa dirección:

“También en mí he hallado el enamoramiento de la madre y los celos hacia el padre y ahora lo considero un suceso universal de la niñez temprana, aunque no siempre tan temprana como en los niños hechos histéricos” (Masson, 1986: 293).

Algo similar ocurre en la descripción del caso Dora, el primer ejemplo clínico en que Freud utiliza los conceptos que luego pasarán a conformar el Complejo de Edipo: deseos incestuosos, celos hacia el progenitor del mismo sexo, impulsos perversos en la infancia.

“He aprendido a ver en tales vínculos amorosos inconscientes entre padre e hija, y entre madre e hijo, de los cuales tomamos conocimiento por sus consecuencias anormales, la reanimación de unos gérmenes de sentimiento infantil. [...] Y esta temprana inclinación de la hija por el padre, y del hijo por la madre, de la que probablemente se halle una nítida huella en la mayoría de los seres humanos, no puede menos que suponerse más intensa, ya desde el comienzo, en el caso de niños constitucionalmente destinados a la neurosis, de maduración precoz y hambrientos de amor” (Freud, 1905b: 50).

Extremando las cosas, podríamos afirmar que la hipótesis causal que Freud abrazó por esos años permanece presa de una tensión jamás desanudada, entre razonamientos como los recién citados –los cuales dejan traslucir que tal vez la neurosis está predestinada en elementos anteriores a las vivencias– y alternativas que, presuponiendo la existencia universal e igualitaria de esos impulsos, explican el desencadenamiento de la neurosis en función de la economía libidinal establecida en la lucha entre los mutuos deseos, fantasías y vivencias de padres y niños. En efecto, esta última opción es la más presente en las páginas de *Tres ensayos* dedicadas al problema de las tendencias incestuosas. Allí la predisposición a la neurosis se cifra insistentemente en el modo en que un sujeto, en su más temprana infancia, se las vio con tales deseos.

“Sin duda, un exceso de ternura de parte de los padres resultará dañino, pues apresurará su maduración sexual; y también «malcriará» al niño, lo hará incapaz de renunciar temporariamente al amor en su vida posterior, o contentarse con un grado menor de este. Uno de los mejores preanuncios de la posterior neurosis es que el niño se muestre insaciable en su demanda de ternura a los padres; y, por otra parte, son casi siempre padres neuropáticos los que se inclinan a brindar una ternura desmedida, y contribuyen en grado notable con sus mimos a despertar la disposición del niño para contraer una neurosis. Por lo demás, este ejemplo nos hace ver que los padres neuróticos tienen caminos más directos que el de la herencia para transferir su perturbación a sus hijos” (Freud, 1905a: 204).

Un poco más adelante, el autor llega a decir que una mala relación entre los padres produce “la más grave predisposición” de la neurosis de los hijos (Freud, 1905a: 208). Cuando Freud en 1920 agrega a esos fragmentos una nota al pie donde se lee que a todo ser humano se le plantea la tarea de dominar el complejo de Edipo, siendo la neurosis la consecuencia del fracaso en ese cometido (Freud, 1905a: 206n.), cuando emite ese enunciado, decimos, deja en claro que su apuesta había consistido siempre en aprehender en la enfermedad el resultado de una tramitación fallida, contingente y accidental, de impulsos incestuosos que son universales. Pero esa declaración de fe permaneció siempre reñida con enunciados de un tenor más fatalista, antes revisados.

En tal sentido, la innovadora inversión producida por Abraham es a su vez un revelador sintomático de las aporías en que podía permanecer preso el razonamiento freudiano acerca de la causalidad.⁸ Al principio pareciera que el psicoanalista alemán no tiene nada nuevo para decir sobre el tema. En uno de sus escritos de 1908, supone que los impulsos incestuosos están presentes en todos los niños, que deben ser reprimidos (Abraham, 1908b: 63). Pero en una carta a Freud de julio de ese año, el discípulo le comunica al maestro los lineamientos básicos de la tesis que plasmará poco después en un importante artículo:

“Y estoy preparando otro [ensayo] sobre la psicología del matrimonio entre parientes. Dado que éste es considerado desde hace tiempo como causante de dolencias nerviosas, quiero demostrar la relación inversa, a saber, que las personas con predisposición neurótica tienden a casarse con parientes consanguíneos por ser incapaces de retirar la libido de su primer objeto: el padre o la madre” (Falzeder, 2002: 54).⁹

En su respuesta, fechada el 11 de julio, Freud transmite a Abraham su apoyo al proyecto. El 9 de noviembre de ese año Abraham presenta ante la *Sociedad Berlinesa de Psiquiatría* su trabajo “La significación del matrimonio entre parientes cercanos en la psicología de las neurosis”, que sería publicado poco después en el *Jahrbuch* del movimiento psicoanalítico (Abraham, 1909). Al día siguiente le escribe a Freud para relatarle el episodio (Falzeder, 2002: 71-72). Algunos psiquiatras de renombre, como Ziehen y Braatz, demostraron encendidamente su oposición; Oppenheim, por el contrario, había reconocido el valor del trabajo, a pesar de que le parecía inaceptable el concepto de sexualidad infantil del vienés. En general, concluía Abraham, la conferencia había provocado una buena impresión en el grueso del público. En su respuesta del día siguiente, Freud se muestra complacido con la actitud de su discípulo frente a sus colegas de Berlín: “Hay que tratar a la gente como a los enfermos en el psicoanálisis, mantener ante el “no” la superioridad y la calma” (Falzeder, 2002: 73).

Es hora de revisar el contenido de ese trabajo. Abraham comienza recordando que tradicionalmente se supone que los matrimonios consanguíneos son una causa de degeneración de la descendencia, manifestada sobre todo por la aparición de enfermedades mentales. Al respecto, agrega:

“No puede dudarse de que en muchas familias la endogamia y los trastornos mentales o nerviosos corren parejos. Pero no se sigue de aquí necesariamente que la relación entre una y otros sea de causa a efecto. El problema reside más bien en si la ocurrencia de matrimonios internos en

⁸ Vale notar al margen que Abraham tenía motivos personales para interesarse por el incesto: sus propios padres eran primos entre sí. Más aún, es probable que algunos de los ejemplos que utiliza en sus escritos provenían en realidad de la historia de su propia familia.

⁹ En diversas publicaciones hemos analizado el modo en que la medicina francesa, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, afirmó que los matrimonios consanguíneos producían múltiples patologías y degeneraciones en la descendencia (véase Vallejo, 2011: 577-633).

ciertas familias no se debe a una causa específica, si esas familias neurópatas no se ven compelidas a la endogamia por una *tendencia peculiar* que prevalece entre sus miembros” (Abraham, 1909: 20; la cursiva me pertenece).

El autor explica las uniones incestuosas, primero, por una dificultad para transferir el amor hacia personas ajenas al núcleo familiar, y segundo, por un exagerado apego a ellas. El origen que Abraham propone para ello nos recuerda sus escritos de 1907:

“Tal conducta tiene su origen en las anormalidades sexuales que se encuentran en los neuróticos. Estas anormalidades ya están presentes en la infancia. Los niños neurópatas tienen exigencias eróticas excesivas a una edad temprana. Estas excesivas demandas de amor no son más que una intensificación de las de los niños normales” (Abraham, 1909: 20-21).

Vale para el razonamiento de Abraham, el interrogante que obstaculizaba la limpidez de los enunciados de Freud: ¿es esa anomalía algo constitucional, o un resultado de dinámicas psicológicas? El alemán, al igual que Freud, reconoce la universalidad de los impulsos incestuosos e incluso sostiene que la excesiva fuerza de los celos edípicos de los neuróticos “es frecuentemente estimulado por los padres. Éstos los miman demasiado, y de esa manera intensifican sus demandas de prueba de afecto, y estimulan a veces prematuramente en aquéllos los sentimientos sexuales” (Abraham 1909, p. 21). De todas maneras, en otros fragmentos de su breve trabajo cae en las mismas vacilaciones que atravesaban a Freud. De hecho, un poco después da a entender que la reiteración de los matrimonios consanguíneos en algunas familias hace presumir ciertas taras heredadas en la base:

“La frecuente ocurrencia de matrimonios entre parientes próximos en una familia, indica evidentemente una predisposición peculiar. Conozco familias en las cuales se presentó durante varias generaciones una endogamia extrañamente persistente” (Abraham, 1909: 23).

Por otro lado, esa apreciación da lugar a la siguiente conclusión:

“La constitución psicosexual peculiar que, según Freud, forma la base de las neurosis, es en sí misma la causa más importante del matrimonio entre parientes cercanos. Sólo secundariamente es ese matrimonio un factor perjudicial, en cuanto refuerza la disposición neurótica existente. En consecuencia, tales matrimonios son primariamente una consecuencia de una predisposición neuropática, y sólo secundariamente un factor que la intensifica” (Abraham, 1909: 26).

Se trata, esta vez, de una inversión más sutil. Freud había pasado de afirmar, a fines de 1896, que la enfermedad se debía al incesto consumado –en un momento la teoría de la seducción no decía otra cosa: la histeria era el resultado de la violación por parte del padre– a sostener que el secreto de toda futura afección se ubicaba en el destino que se daba (merced al interjuego confuso de lo accidental y lo constitucional) a mociones pulsionales esencialmente incestuosas. En cambio, Abraham venía a decir que la relación entre patología e incesto presentaba otro cariz. Por una parte, volvía a dar validez, y no sin contradicción, a viejas disquisiciones acerca de los perjuicios en la descendencia producidos por los matrimonios consanguíneos. Pero por otra parte –y he allí lo más importante–, invertía levemente el foco dirigido al problema. En el esquema freudiano el incesto era tematizado casi exclusivamente en su naturaleza de impulso universal, y se ubicaba del lado de la causa de la anomalía; según el aporte del psicoanalista de Berlín, aquel es abordado en tanto que acción consumada, y es aprehendido sobre todo como efecto de algo que funcionó mal. Vemos desplegarse una suerte de argumento recursivo, por el cual el incesto es causa y consecuencia de patología. La unión incestuosa generará enfermedad, pues los descendientes de esas parejas serán neuróticos, y los neuróticos están más expuestos a elegir a familiares como destinatarios de sus deseos sexuales.

Más aún, la incursión de Abraham en este capítulo del saber psicoanalítico tiene un significativo corolario, encarnado en un breve trabajo aparecido en 1914 en la revista *Imago*, titulado “Sobre la exogamia neurótica: una contribución al estudio de las semejanzas entre la vida psíquica de los neuróticos y la del hombre primitivo”.¹⁰ El autor recuerda que en su trabajo de 1909 él había mostrado hasta qué punto los

¹⁰ De todas maneras, la idea central de ese trabajo ya la había comunicado rápidamente Abraham en su carta a Freud del 28 de abril de 1910 (Falzeder, 2002: 116).

matrimonios consanguíneos eran un fenómeno patológico, síntoma de la incapacidad de ciertos sujetos para transmitir la libido hacia personas ajenas a su familia. Este último problema, agrega Abraham, debe ser puesto en continuidad con otros hechos; en un extremo se ubica el incesto consumado, y en el otro la evitación de toda relación heterosexual. Cerca de este último punto se ubicaría el problema que somete ahora a discusión: la exogamia neurótica, merced a la cual un individuo siente absoluta aversión hacia toda mujer de su pueblo, raza o nación (Abraham, 1914). El sujeto busca de ese modo que la mujer se parezca lo menos posible a su madre, y así huir del peligro del incesto.

4. La tercera y última de las inversiones corresponde a dos pequeños escritos del psicoanalista inglés Ernest Jones aparecidos en 1913. En un trabajo acerca de la importancia de los abuelos –editado en simultáneo con el de Abraham–, Jones nota al pasar que una de las razones del valor que el individuo presta a aquellos ascendientes puede residir en la operatoria de un deseo común en los niños: el de convertirse en los padres de sus propios padres, deseo que es alimentado por la fantasía de que a medida que ellos crezcan, sus progenitores se volverán más pequeños (Jones, 1913a: 653). Ese producto de la imaginación, agrega el autor, se liga con los deseos incestuosos, pues es una puesta al extremo del deseo de convertirse en (o tomar el lugar del) padre.

“Pero también favorece una actitud hostil hacia los padres y satisface el deseo de cambiar la situación actual de manera tal que el niño esté en una posición de dar órdenes a quienes actualmente le dan órdenes a él” (Jones, 1913a: 653-654).

Por otro lado, aquella fantasía –que Jones propone llamar aquí la “fantasía de inversión de las generaciones”– satisface el deseo incestuoso de una manera más indirecta; en los casos en que la madre sigue muy apegada a su propio padre, la fantasía del niño de volverse el padre de sus progenitores es un medio mediante el cual convertirse en la figura que su madre ha elegido como objeto de su amor. Esa fantasía es desarrollada con más detalle en un segundo escrito de ese mismo año, titulado justamente *The phantasy of the reversal of generations* (Jones, 1913b). Allí vuelve a

repetir que uno de los motivos principales de esa extendida fantasía se liga a la venganza: el niño tratará a sus padres tan cruelmente como ellos lo han tratado a él. Jones se demora en la descripción de otros fenómenos ligados a esa fantasía: la misma muchas veces va acompañada por la creencia que, del mismo modo que el niño puede volverse el padre de sus padres, sus abuelos se volverán pequeños; en la base de ello estaría la imposibilidad, por parte de la mente infantil, para concebir la mortalidad. Pero las dos fuentes principales de aquella han de ser halladas en impulsos de amor y de odio (Abraham, 1913b: 661). El primero puede ser llamado maternal, esto es, consiste en el afán de cuidar y proteger a los padres. El segundo, como vimos, se liga al impulso de ejercer la hostilidad sobre los propios padres.

¿Por qué ver allí una inversión? La respuesta a ese interrogante valdrá asimismo como cierre de este trabajo. La fantasía bautizada por el médico inglés supone en cierto sentido una estricta inversión del concepto de *novela familiar* insertado por Freud en 1908 en un libro de su discípulo Rank (Freud, 1908b). Mas ello resultará evidente solamente si rastreamos primero la génesis de esa noción freudiana. De hecho, la fantasía neurótica nominada oficialmente en 1908, ya había aparecido en las páginas de Freud. Tanto en una carta como en un manuscrito enviados a Fliess en 1897, ella era referida brevemente. En la misiva del 24 de enero de ese año, el médico de Viena hablaba de una idea de “enajenación respecto del linaje” en los casos de paranoia (Masson, 1986: 242). Y en los papeles enviados el 25 de mayo el argumento es repetido (Masson, 1986: 266). Una semana más tarde, Freud, en el siguiente manuscrito compartido con su amigo (Manuscrito N), Freud produce la innovación a la que habíamos aludido unas páginas más arriba: atribuye a su *niño textual* por primera vez un impulso propio, y el mismo tenía por contenido el deseo de muerte del progenitor (Masson, 1986: 268). Pues bien, no es difícil reconstruir el suelo que engendra esos elementos narrativos y explica su convivencia: en 1897 el niño pagaba con su destino desdichado los pecados de sus padres, sus abusos y sus descuidos. Y es por ello que ese niño, en cuando pudo, en el campo fructífero del discurrir freudiano de la década de 1890, comenzar a alimentar sus fantasías y mociones, se apuró a odiar a sus padres y soñar con que él no tenía nada que ver con ellos. La primera novela familiar del neurótico de Freud tuvo el mismo relleno que aquel primer impulso: sin envés (amoroso), sin zona de sombra, el niño de la seducción se apuró hacia la salida de la

trampa en que había quedado atrapado: lo único que él quería era deshacerse de esos padres que le habían tocado en suerte.

Poco después se modifica el relato que aloja las peripecias de ese niño del inconsciente. Al ritmo de las sacudidas que desploman la teoría de la seducción, el niño es dotado de impulsos amorosos e incestuosos. Pero la genética textual es implacable. Freud elige la parábola de Edipo para dar a sus personajes un escenario: el protagonista de la tragedia mata primero a su padre, antes de sentir cualquier afección cariñosa hacia alguno de sus progenitores. Lo mismo le sucede al *niño freudiano*; la primera vez que en una obra publicada el creador del psicoanálisis hace públicas las profundidades de su sujeto, vierte sobre el papel sus sueños “de muerte de las personas queridas”, y no de amor hacia ellas (Freud, 1899).

A mi entender, es menester leer en ese surco la acuñación, en 1908, de la definitiva *novela familiar* del neurótico. Seamos precisos: ese concepto nace en el entrecruzamiento de la transformación de un síntoma y un hallazgo. El afán mortífero hacia los padres fue un síntoma –en el sentido de un efecto– de la teoría de la seducción, y el Edipo, incesto incluido, fue un síntoma –en el sentido de una satisfacción sustitutiva– de la caída de la certeza de que toda neurosis era causada por culpa de los padres. El hallazgo en cuestión es algo que ya conocemos: en 1907 Abraham –en lo que Freud llamará la “última palabra” respecto de la teoría traumática– dice: si los niños neuróticos cuentan escenas de seducción es porque ellos las provocaron; la anormalidad de su constitución sexual se manifiesta en la existencia de impulsos sexuales prematuros, que los empujan a incitar aquellos abusos. Ello equivale a decir: la responsabilidad no era solo de los padres (por no haber cuidado a sus hijos), sino esencialmente del niño. Esa explicación maravilla a Freud, lo seduce. Ya que los padres al fin y al cabo no eran tan importantes, el niño freudiano –que hasta entonces no sabía bien por qué amar u odiar a sus progenitores– da riendas sueltas a sus más variadas imaginaciones. El primer guion lo establece Freud en 1908: los niños fantasean, dependiendo de su edad, con ser hijos adoptivos, hijos de padres más nobles, etc. Luego el mismo Abraham, en un ensayo de 1912, ubica, como fuente y centro de la fantasía de suplantar al padre por uno superior, el deseo del sujeto de haberse engendrado a sí mismo (Abraham, 1912). Dadas las conclusiones de su trabajo de 1907, ese deseo podía ser lógico. Este psicoanalista de Berlín publica un año más tarde un estudio sobre el papel de los abuelos, en el cual

observa que algunos neuróticos, en su deseo de negar a sus padres o rebajarlos, apelan a una sobrevaloración de los abuelos (Abraham, 1913).

Tenemos, entonces, que ese mismo año, Ernest Jones escribe los dos trabajos en que se anuncia la fantasía de inversión de las generaciones. Cuando en 1907 Abraham dio luz verde a la pieza clave del Edipo, el niño freudiano se entusiasmó en jugar, fantasías mediante, a que los padres no importaban tanto. El círculo se cierra con aquellos ensayos de Jones, pues aquel niño da el paso siguiente: si él es el responsable de todo, lo será también del destino de sus propios padres.

Para concluir, hemos intentado mostrar que una genética textual –esto es, una mirada que vea las modulaciones y transformaciones en los elementos del discurso como la consecuencia de la interacción de los elementos mismos de ese saber, y no como la corrección de la capacidad reflejante de las palabras respecto de una presunta realidad– es uno de los abordajes que, por un lado, más justicia hace a eso que hemos dado en llamar la *antropología agónica* del decir freudiano, y por otro, más fielmente colabora en la demarcación de una aproximación historiográfica que presuma un sujeto de enunciación que sea capaz de levantar el guante de la enseñanza del psicoanálisis.

Las inversiones señaladas a lo largo de nuestro desarrollo fueron, a nuestro entender, los síntomas de un pensamiento que comprendía la constitución de lo negativo –la enfermedad– como el resultado –primero bajo el cariz de la seducción y luego bajo en nombre del Edipo– del encuentro siempre fallido, ineliminable y de lucha, del sujeto con los otros. Las metamorfosis de la teoría –encarnadas esta vez en la sucesión y complementariedad de inversiones que no hacían más que recorrer de ida y vuelta la pretensión de una familiarización de la subjetividad– daban voz a una mirada antropológica que cifraba el quehacer subjetivo en la renovación constante de una lucha imaginaria. Esta lectura tiene el mérito, por último, de abrir las puertas a una cabal intelección de la ruptura buscada por la teoría de Lacan: la función que el problema del complejo desempeñaba en el escrito en el cual el psicoanalista francés mostró una temprana conciencia de las aporías de un determinismo familiar poco razonado, fue luego trasladada a la trilogía de registros que han hecho célebre su nombre; esa función consistía en conservar las premisas acerca de la alienación del sujeto al mundo humano

en que nace y lo determina, pero limpiar esa agonía de los cepos de una afrenta imaginaria frondosa y esquiva.

Bibliografía

- Abraham, K. (1907a) “Sobre la significación de los traumas sexuales infantiles en la sintomatología de la demencia precoz”, en K. Abraham (1955) *Psicoanálisis y Psiquiatría* (pp. 13-19), Buenos Aires: Lumen - Hormé.
- Abraham, K. (1907b) “La experimentación de traumas sexuales como una forma de actividad sexual”, en K. Abraham (1980) *Psicoanálisis clínico* (pp. 35-47), Buenos Aires: Hormé.
- Abraham, K. (1908a) “Las diferencias psicosexuales entre la histeria y la demencia precoz”, en K. Abraham (1980) *Psicoanálisis clínico* (pp. 48-59), Buenos Aires: Hormé.
- Abraham, K. (1908b) “Las relaciones psicológicas entre la sexualidad y el alcoholismo”, en K. Abraham (1980) *Psicoanálisis clínico* (pp. 60-67), Buenos Aires: Hormé.
- Abraham, K. (1909) “La significación del matrimonio entre parientes cercanos en la psicología de las neurosis”, en Abraham, K. (1993) *Estudios sobre psicoanálisis y psiquiatría* (pp. 20-26), Buenos Aires: Hormé.
- Abraham, K. (1911) “Sobre el poder determinante de los nombres”, en Abraham, K. (1993) *Estudios sobre psicoanálisis y psiquiatría* (pp. 29-30), Buenos Aires: Hormé.
- Abraham, K. (1912) “Amenhotep IV: Una contribución psicoanalítica para la comprensión de su personalidad y del culto monoteísta de Atón”, en Abraham, K. (1993) *Estudios sobre psicoanálisis y psiquiatría* (pp. 249-276), Buenos Aires: Hormé.
- Abraham, K. (1913) “Algunas observaciones sobre el papel de los abuelos en la psicología de las neurosis”, en Abraham, K. (1993) *Estudios sobre psicoanálisis y psiquiatría* (pp. 42-45), Buenos Aires: Hormé.

- Abraham, K. (1914) “Sobre la exogamia neurótica: una contribución al estudio de las semejanzas entre la vida psíquica de los neuróticos y la del hombre primitivo”, en Abraham, K. (1993) *Estudios sobre psicoanálisis y psiquiatría* (pp. 46-48), Buenos Aires: Hormé.
- Ackerknecht, E. (1982) “Diathesis: The Word and the Concept in Medical History”, en *Bulletin of the History of Medicine*, 56, 3, 317-325.
- Carter, C. (1980) “Germ Theory, Hysteria, and Freud's early Work in Psychopathology”, en *Medical History*, 24, 259-274.
- Charcot, J.-M. (1887-1888) *Leçons du mardi de la Salpêtrière (1887-1888)*, t. 1, Paris: Progrès Médical, 1892.
- Falzeder, E. (2002) *Sigmund Freud - Karl Abraham. Correspondencia completa (1907-1926)*, Madrid: Síntesis, 2005.
- Freud, S. (1892-1894) “Prólogo y notas de la traducción de J.-M. Charcot, *Leçons du Mardi de la Salpêtrière (1887-1888)*”, en *Obras Completas*, t. I (pp. 163-177), Buenos Aires: Amorrortu, 1999.
- Freud, S. (1892). “Bosquejos de la «Comunicación preliminar» de 1893”, en *Obras Completas*, t. I (pp. 181-190), Buenos Aires: Amorrortu, 1999.
- Freud, S. (1894) “Las neuropsicosis de defensa”, en *Obras Completas*, t. III (pp. 41-68), Buenos Aires: Amorrortu, 1999.
- Freud, S. (1895) “A propósito de las críticas a la «neurosis de angustia»”, en *Obras Completas*, t. III (pp. 117-138), Buenos Aires: Amorrortu, 1999.
- Freud, S. (1896a) “La herencia y la etiología de las neurosis”, en *Obras Completas*, t. III (pp. 139-156), Buenos Aires: Amorrortu, 1999.
- Freud, S. (1896b) “Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa”, en *Obras Completas*, t. III (pp. 157-184), Buenos Aires: Amorrortu, 1999.
- Freud, S. (1896c) “La etiología de la histeria”, en *Obras Completas*, t. III (pp. 185-218), Buenos Aires: Amorrortu, 1999.
- Freud, S. (1899) “La interpretación de los sueños”, en *Obras Completas*, tt. IV y V (pp. 1-601), Buenos Aires: Amorrortu, 1999.
- Freud, S. (1905a) “Tres ensayos de teoría sexual”, en *Obras Completas*, t. VII (pp. 109-224), Buenos Aires: Amorrortu, 1999.
- Freud, S. (1905b) “Fragmento de análisis de un caso de histeria [Caso Dora]”,

- en *Obras Completas*, t. VII (pp. 1-107), Buenos Aires: Amorrortu, 1999.
- Freud, S. (1906) “Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis”, en *Obras Completas*, t. VII (pp. 259-271), Buenos Aires: Amorrortu, 1999.
 - Freud, S. (1908a) “La moral sexual «cultural» y la nerviosidad moderna”, en *Obras Completas*, t. IX (pp.159-181), Buenos Aires: Amorrortu, 1999.
 - Freud, S. (1908b) “La novela familiar de los neuróticos”, en *Obras Completas*, t. IX (pp. 213-220), Buenos Aires: Amorrortu, 1999.
 - Freud, S. (1914) “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico”, en *Obras Completas*, t. XIV (pp. 1-64), Buenos Aires: Amorrortu, 1999.
 - Freud, S. & Breuer, J. (1893) “Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos: comunicación preliminar”, en *Obras Completas*, t. II (pp. 27-44), Buenos Aires: Amorrortu, 1999
 - Gelfand, T. (1989) “Charcot's Response to Freud's Rebellion”, en *Journal of the History of Ideas*, 50, 2, 293-307.
 - Good, M. (1995) “Karl Abraham, Sigmund Freud, and the Fate of the seduction theory”, en *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 43, 4, 1137-1167.
 - Jones, E. (1913a) “The significance of the grandfather for the fate of the individual”, en Jones, E. (1918) *Papers on Psychoanalysis*, second edition (pp. 652-657), New York: William Wood and Company.
 - Jones, E. (1913b) “The phantasy of the reversal of generations”, en E. Jones (1918) *Papers on Psychoanalysis*, second edition (pp. 652-657), New York: William Wood and Company.
 - Lacan, J. (1938) *La familia*, Barcelona: Argonauta, 1978.
 - Masson, J. (1986) *Freud - Cartas a Wilhelm Fliess*, Buenos Aires: Amorrortu, 1994
 - Nunberg, H. & Federn, E. (ed.) (1962) *Minutes of the Vienna Psychoanalytic Society. Volume I*, New York: International Universities Press.
 - Triplett, H. (2004) “The Misnomer of Freud's ‘Seduction Theory’”, en *Journal of the History of Ideas*, 65, 4, 647-665.
 - Vallejo, M. (2008) *Los miércoles por la noche, alrededor de Freud. La*

construcción del discurso psicoanalítico a la luz de las Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, Buenos Aires: Editorial Letra Viva.

- Vallejo, M (2010) “*Vidas paralelas. La antropología propagativa en Prosper Lucas y Sigmund Freud*”, en Acha, O. & Vallejo, M. (2010) *Inconsciente e historia después de Freud Cruces entre filosofía, psicoanálisis e historiografía* (pp. 135-148), Buenos Aires: Prometeo.
- Vallejo, M. (2011) *Teorías hereditarias del siglo XIX y el problema de la transmisión intergeneracional. Psicoanálisis y biopolítica*, Tesis doctoral inédita, Universidad Nacional de La Plata.